

**Manuel García Ferrando,  
Francisco Alvira, Luis E. Alonso  
y Modesto Escobar (comps.)**

**El análisis de la  
realidad social  
Métodos y técnicas de  
investigación**

Cuarta edición

**Alianza Editorial**

Primera edición: 1986  
Cuarta edición: 2015  
Cuarta reimpresión: 2024

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la compilación: Manuel García Ferrando, Francisco Alvira Martín, Luis E. Alonso Benito y Modesto Escobar Mercado, 2015, 2016  
© Alianza Editorial, S. A., 2015, 2016, 2020, 2022, 2024  
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9104-111-5  
Depósito legal: M. 18.782-2015  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL,  
ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

# Índice

Nota introductoria a la cuarta edición (2015) .....	7
Introducción (1986) .....	11
<b>Primera parte. El diseño de la investigación social</b> .....	<b>15</b>
1. Cinco vías de acceso a la realidad social. Miguel Beltrán .....	17
2. Perspectivas de la investigación social: el diseño en las tres perspectivas. Jesús Ibáñez .....	42
3. Diseños y estrategias de investigación social. Francisco Alvira y Araceli Serrano .....	76
4. La investigación social ante su segunda revolución digital. Pablo Navarro y Antonio Ariño .....	110
<b>Segunda parte. La articulación de la investigación social</b> .....	<b>143</b>
5. Observación sociológica, realidad y reflexividad. Manuel García Ferrando y Cristóbal Torres.....	145
6. La perspectiva de género en la investigación social. Capitolina Díaz Martínez .....	176
7. La medición: validez y fiabilidad. Consuelo del Val Cid.....	202
8. El muestreo aplicado. Valentín Martínez .....	237

9. La evaluación de intervenciones sociales: proyectos, programas y políticas. Francisco Alvira Martín y María José Aguilar Idáñez .....	270
10. La investigación-acción participativa. Javier Callejo y Antonio Viedma.....	295
<b>Tercera parte. La obtención de datos.....</b>	<b>329</b>
11. La encuesta. Manuel García Ferrando y Ramón Llopis Goig.....	331
12. Tipos de encuestas. Vidal Díaz de Rada.....	363
13. La entrevista abierta como práctica social. Luis Enrique Alonso.....	390
14. Cómo se realiza una investigación mediante grupos de discusión. Jesús Ibáñez .....	418
15. El método biográfico: historias de vida. Juan Zarco .....	435
16. Etnografía virtual/digital (EVD). Igor Sádaba .....	455
17. La explotación de datos secundarios. Josu Mezo .....	485
<b>Cuarta parte. El análisis de datos.....</b>	<b>523</b>
18. Introducción al análisis de datos. Francisca Blanco Moreno.....	525
19. El análisis multivariable. Modesto Escobar.....	561
20. El análisis de contenido tradicional. Eduardo López-Aranguren.....	594
21. La teoría fundamentada ( <i>grounded theory</i> ) y el análisis cualitativo asistido por ordenador. Miguel S. Valles .....	617
22. Introducción al análisis sociológico del sistema de discursos. Fernando Conde .....	641
23. Bases socio-metodológicas del análisis de redes sociales. Carlos Lozares y Joan Miquel Verd.....	664

# Nota introductoria a la cuarta edición (2015)

Es especialmente grato para nosotros poder presentar una cuarta edición radicalmente renovada de este libro. Que en el panorama de las ciencias sociales españolas se haya asentado una referencia como ésta, y haya conocido sus tres ediciones y muchas reimpresiones anteriores, indica un interés continuado y creciente en nuestro país por la formación en los problemas metodológicos y técnicos fundamentales de la investigación social, y que, a su nivel, parte de este interés ha sido canalizado por una obra como ésta, pensada, diseñada y escrita en español y por españoles para ser utilizada como una herramienta formativa eficaz en nuestros centros universitarios.

Después de casi treinta años de la primera edición, y quince desde su última gran remodelación, era evidente que muchas cosas tenían que ser cambiadas para entregar de nuevo el libro a la imprenta, pero otras muchas cosas permanecen, sobre todo su clara apuesta por un radical pluralismo metodológico y cognitivo, así como su voluntad de equilibrio en el aprendizaje y uso de las técnicas cuantitativas y cualitativas. De esta manera, el espíritu que presidió la publicación de este libro desde su primera edición, entonces también con el impulso del inolvidable e imprescindible Jesús Ibáñez, se reafirma y se renueva: la vigilancia epistemológica, el conocimiento metodológico y la capacitación en múltiples técnicas no es

el privilegio de sofisticados especialistas, académicos sino el paso fundamental en la formación de todo sociólogo, y en general de todo científico social, para el desempeño correcto de su oficio.

En cuanto a las novedades de esta edición son también, cuantitativa y cualitativamente muchas. El impacto de la sociedad digital en los modos de hacer —y de enseñar— sociología ha transformado a fondo, lógicamente, este libro, tanto temáticamente, en sus reflexiones metodológicas fundamentales, como en el desarrollo de técnicas especialmente pensadas o adaptadas al entorno virtual. Todo ello ha supuesto un incremento notable de contenidos en forma de nuevos capítulos, pero también su método expositivo se ha visto considerablemente renovado al colocar parte de sus materiales complementarios en una página web habilitada por la editorial Alianza.

Pero aquí no acaban las novedades, de una manera perfectamente consciente se trata de recoger también los nuevos compromisos de la investigación social con su entorno cívico. La entrada del enfoque de género, de las metodologías participativas o los temas de evaluación de políticas y programas, etc., indica una vocación expresa e inequívoca de vincular a este libro con las lógicas prácticas de la investigación relacionadas directamente con los problemas sociales y con su repercusión en los actores reales presentes en el campo. Asimismo, se han introducido capítulos nuevos que apuntan a formas de investigar consolidadas en los últimos años y que han desarrollado dispositivos tecnológicos novedosos o profundamente transformados con respecto a ediciones anteriores; los métodos de investigación cambian con la sociedad que los enmarca, pero la sociedad se transforma también con los cambios introducidos en su manera de investigarse; este proceso reflexivo recorre todo el libro y ha organizado buena parte de los cambios introducidos en esta edición.

Los capítulos han aumentado de manera muy importante y los contenidos se han diversificado y complejizado si tomamos como referencia la primera edición de este libro, lo que no deja de ser un reflejo del propio aumento de la complejidad social que lo contextualiza. Algunos autores y materiales de ediciones anteriores se han mantenido convenientemente actualizados, otros han desaparecido y otros muchos han aparecido por primera vez en esta edición —lo mismo ocurre con algunos compiladores—, lo que indica que nos encontramos casi ante una obra prácticamente nueva, pero que al mismo tiempo guarda muchos de los principios de su proyecto original. *El análisis de la realidad social* es, pues, un producto vivo, con voluntad de permanecer adaptándose radicalmente a su entorno, pero, a la vez, siendo fiel a su proyecto de origen.

Esperamos y confiamos que sea una herramienta útil para seguir haciendo atractiva la investigación social a muchas generaciones que empiezan, pero también esperamos que aquellas otras generaciones que tienen más experiencia encuentren claves en este texto para su mayor y mejor profesionalización; hemos tenido especialmente en cuenta a aquellos que vuelven a la investigación social con una curiosidad científica renovada y nuestro objetivo es que puedan aquí actualizar y poner al día sus conocimientos. A todos ellos, feliz lectura.



# Introducción (1986)

La necesidad para los sociólogos de investigar y crear conocimientos, en lugar de limitarse a aplicarlos como hacen otros tipos de profesionales, ha conducido a que los planes de estudio de las facultades de ciencias sociales incluyan cursos introductorios y avanzados sobre metodología y técnicas de investigación social. Y ello es así porque la sociología, como tal ciencia, no dispone de un número suficiente de leyes y generalizaciones. Ciertamente, desde la recopilación efectuada por Berelson y Steiner\* se han producido desarrollos espectaculares a este respecto aunque sólo sea en algunos campos muy específicos —teoría de las organizaciones, algunos aspectos de psicología social, etc.

La búsqueda de generalizaciones y leyes es problemática, aunque esto no signifique que se deba abandonar. Y lo es por el carácter histórico de gran parte del conocimiento sociológico, aplicable por tanto en un determinado espacio/tiempo, y también por la potencialidad de intervención y cambio que el ser humano posee.

El estudiante de sociología debe aprender a investigar, tanto para poder llevar a cabo una práctica investigadora adecuada como también para poder enjuiciar críticamente las aportaciones de otros sociólogos. Precisamente en los últimos tiempos han arreciado las críticas sobre la

---

\* B. Berelson y G. A. Steiner, *Human Behavior*, Nueva York, Harcourt, 1964.

dirección en la que se mueve la sociología. La actual forma de investigación ha sido criticada por diversas razones, algunas de ellas esgrimidas desde los inicios del propio debate metodológico en las ciencias sociales, y otras, en cambio, basadas en desarrollos más recientes de investigación: falta de claridad conceptual y de precisión teórica, problemas de validez y fiabilidad, escasa identificación de las variables e hipótesis relevantes, falta de controles de muestreo, excesiva preocupación por la medición cuantitativa y los problemas estrictamente técnicos, reduccionismo individualista y olvido de la estructura social, excesiva dependencia de los poderes dominantes, sesgos ideológicos y un largo etcétera.

Se trata, en general, de críticas muchas de ellas presentes en la polémica que desde sus comienzos fundacionales ha enfrentado a los partidarios de una perspectiva metodológica más cualitativa para la sociología con los partidarios de una metodología más cuantitativa, inspirada en el modelo de las ciencias naturales. Los primeros, destacando la importancia del lenguaje y de la interpretación de los hechos humanos; los segundos, buscando la formulación de las teorías, la contrastación empírica y la medición objetiva de los fenómenos.

Hay que reconocer, con todo, que en la actualidad los términos de la polémica original han cambiado profundamente, y aunque no se pueda hablar abiertamente de un acercamiento entre unas posturas y otras, sí existe al menos un reconocimiento explícito por ambas partes de los argumentos de los otros y, sobre todo, una aceptación del carácter problemático de todo saber social.

El lenguaje es, a la vez, instrumento y objeto de la investigación social. Un objeto físico o biológico existe antes de ser nombrado, y el nombre no lo modifica profundamente. Un objeto sociológico empieza a existir —como objeto sociológico— al ser nombrado: lo que caracteriza al delito, por ejemplo, es el que haya sido definido como delito por alguien que tiene el poder performativo para definirlo así. El orden social es del orden del *decir*, está regulado por *dictados* e *interdicciones*. Al ser el lenguaje objeto e instrumento, y al formar parte el sociólogo de la sociedad que analiza, el lenguaje —teórico y empírico— de la sociología es paradójico. Es paradójica toda sentencia autorreferente a toda función que es función de sí misma («el conjunto de todos los conjuntos», el mentiroso que «dice que miente», la orden «no me obedezcas»). La verdad ha resultado siempre de la articulación de dos pruebas., adecuación a la realidad (prueba empírica) y coherencia del discurso (prueba teórica). Hoy sabemos que ambas pruebas son imposibles, porque son paradójicas. Es paradójica —según Heinsenbergr— la prueba empírica porque

exige medir la materia con instrumentos hechos de materia (incertidumbre): en nuestro caso, medir el lenguaje con el lenguaje —el lenguaje es instrumento y objeto—. Es paradójica —según Gödel— la prueba teórica porque exige hablar del habla o pensar el pensamiento (incompletitud): en nuestro caso, la sociedad se piensa a sí misma por medio de algunas de sus partes que son los sociólogos. No hay verdades totales ni definitivas: toda verdad es parcial y transitoria. El que el lenguaje sociológico sea paradójico no implica que la actividad de los sociólogos sea imposible; antes al contrario, lo que es imposible es que paren esa actividad, que dejen de preguntar. Un conjunto transfinito es coordinable con sus partes (por eso se llaman autorreflexivos); así, el conjunto de los números naturales es coordinable con el conjunto de los números pares. Son conjuntos autorreflexivos la sociedad y cada individuo humano; por eso los individuos podemos pensar la sociedad, el conjunto transfinito que es la sociedad es coordinable con el conjunto transfinito que somos cada uno. Somos reflexivos —podemos reflexionar sobre la sociedad— en cuanto somos transfinitos, en cuanto no dejamos de pensar. Cuanto más pensemos, más nos faltará por pensar. Las ciencias sociales son dispositivos siempre provisionales, siempre abiertos.

Para acercarse a la realidad social, el investigador puede seleccionar una sola perspectiva o articular varias. Y aunque nunca podrá resolver la paradoja de que cuanto más se acerque a la realidad social, más se le escapa —porque su acercamiento forma parte de la realidad social—, si articula varias perspectivas el investigador podrá al menos acceder a un número mayor de dimensiones de esa siempre compleja realidad social. En consecuencia, podrá comprenderla mejor.

Habitualmente, los libros de texto de introducción a la metodología y a las técnicas de investigación social suelen presentar con preferencia una perspectiva u otra de aproximación a la realidad social, olvidando o al menos dejando en un segundo plano las restantes perspectivas. El presente libro, por el contrario, aspira a ofrecer una visión de conjunto de las diferentes perspectivas de investigación social utilizadas de un lado y de otro, con el propósito manifiesto de que el estudiante y el estudioso de las ciencias sociales encuentren en él una aproximación lo suficientemente rigurosa, precisa y crítica a los procedimientos más utilizados de investigación de la realidad social. Aproximación que, por otra parte, aspiramos permita ir más allá de la simple y, con frecuencia, ingenua dicotomía cuantitativo/cualitativo, para situar los problemas de la investigación social en planos epistemológicos más profundos, desde los que acceder mejor al significado de la siempre problemática y cambiante realidad social.

No se pretende, con todo, ofrecer un listado exhaustivo de todos los métodos y técnicas de investigación social, ni responder a todas las críticas que han sido dirigidas al desarrollo de los procedimientos de investigación social. Pero sí, como se ha dicho anteriormente, presentar una visión articulada y equilibrada de las perspectivas de investigación social más utilizadas en la actualidad. Para ello, los compiladores, catedráticos de Sociología en el Departamento de Métodos y Técnicas de Investigación Social, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense, han solicitado la colaboración de otros profesores universitarios con amplia experiencia de investigación en el campo de las ciencias sociales en materias en que han mostrado sobrada competencia profesional.

El resultado ha sido la compilación de quince capítulos y dos apéndices en los que han intervenido catorce autores. Los capítulos se han organizado en tres partes, dedicadas respectivamente a presentar los problemas metodológicos y de técnicas de investigación que plantean el diseño de la investigación social, la obtención de datos sociológicos y su análisis. De esta manera se pretende cubrir el temario de lo que puede ser un curso introductorio de nivel intermedio de técnicas de investigación social.

MANUEL GARCÍA FERRANDO  
JESÚS IBÁÑEZ ALONSO  
FRANCISCO ALVIRA MARTÍN

**Primera parte**

**El diseño de la  
investigación social**



# 1. Cinco vías de acceso a la realidad social

Miguel Beltrán

## 1. Objeto y método(s) de la sociología

La peculiaridad, complejidad y polivalencia del objeto de conocimiento de las ciencias sociales le confieren una excepcional especificidad: en dicho objeto de conocimiento está incluido el propio estudioso, y se trata de un objeto que posee subjetividad y reflexividad propias, así como volición y libertad de los individuos que lo componen; tal objeto de conocimiento no es «natural», sino el producto histórico del juego de dichos individuos en una interacción de lo que el animal humano tiene de herencia genética y de herencia cultural; un objeto, en fin, reactivo a la observación y al conocimiento, de una complejidad inimaginable, y compuesto de individuos que hablan y se comunican entre sí. Lo que implica que es necesaria una epistemología pluralista que responda a la variedad de tales facetas. Y a este pluralismo cognitivo no puede convenir un método, un solo método, ni siquiera el diseñado para el estudio de la realidad físico-natural (que es aplicable a algunas de las facetas de la realidad social, por descontado, pero solamente a algunas de ellas). Por ello, al pluralismo cognitivo propio de las ciencias sociales, y particularmente de la sociología, corresponde un pluralismo metodológico que diversifica los modos de aproximación, descubrimiento y justificación en atención a la faceta o dimensión de la realidad social que se estudia, en el bien en-

tendido que ello no implica la negación o la trivialización del método o su concepción anárquica, sino, por el contrario, la garantía de la fidelidad al objeto y la negativa a su reproducción mecánica, a considerarlo como naturalmente dado del mismo modo en que nos es dado el mundo físico-natural.

De aquí que más que del método de la sociología se hable en estas páginas de los métodos de la sociología, y no, desde luego, como intercambiables y aleatorios, o en el sentido del «todo vale» de Feyerabend (1974: *passim*), sino como adecuados en cada caso al aspecto del objeto que se trata de indagar. Que en eso consiste el pluralismo metodológico propio de la sociología.

## 2. El método histórico

Es posible que a los sociólogos nos suceda lo que según Hobsbawm le pasaba a Marshall, que «sabía que la economía necesita de la historia, pero no sabía cómo introducir la historia en sus análisis», por lo que no jugaba en ellos más que un modesto papel, poco más que decorativo (Hobsbawm, 1997: 95). En efecto, la ciencia de la realidad social ha de recurrir sistemáticamente a la historia. Pero cuando me refiero aquí al método histórico no quiero decir que la sociología deba incluir entre sus técnicas de investigación las que son propias del historiador profesional para reconstruir el pasado e interpretarlo, sino sólo que el sociólogo ha de interrogarse, e interrogar a la realidad social, acerca del *cursus* sufrido por aquello que estudia, sobre cómo ha llegado a ser como es, e incluso por qué ha llegado a serlo. No se trata de que el sociólogo se introduzca en campo ajeno o mimetice la actividad del historiador, sino de que extreme su conciencia de la fluidez heraclitiana de su objeto de conocimiento, sea cual fuere su *tempo*, de forma que la variable tiempo se tenga siempre presente en el estudio de la realidad social. Y no se trata con ello de consagrar el brocardo baconiano, según el cual *veritas temporis filia*, sino más bien de negar a lo social dado la condición de natural y de profundizar en la conciencia de su contingencia; dicho más brevemente, la sociología posibilita al menos el cuestionamiento de la necesidad en lo que se refiere a la organización y los procesos sociales y, literalmente, permite percibir la historicidad de los fenómenos sociales estudiados. Por eso tiene tan poco sentido una sociología ahistórica que no se pregunte de dónde vienen los procesos y las instituciones sociales (y adónde van), sino que los examine fuera del tiempo. Este tipo de sociología carente de

sensibilidad histórica cree que estudia el presente, cuando éste no tiene más existencia que la puramente conceptual de línea divisoria imaginaria entre el pasado y el futuro: esta repetida idea, con la que es difícil no estar de acuerdo, es particularmente aplicable al objeto de la sociología, pues la sociedad humana ha cambiado tanto de un país a otro y de un siglo a otro que se impone considerarla ante todo como un fenómeno histórico (Carr, 1978: 43). De aquí el asombro de Braudel de que los sociólogos hayan podido escaparse del tiempo, de la duración (1968: 97), lo que consiguen o bien refugiándose en lo más estrictamente episódico y *événementiel*, o bien en los fenómenos de repetición que tienen como edad la de la larga duración. Y por ello Braudel formula una invitación a los sociólogos, que apoya de una parte en la consideración de ciencia global que la sociología tenía para los clásicos y, de otra, en la superación por los historiadores de una historia limitada a los acontecimientos: invitación a considerar que sociología e historia constituyen «una sola y única aventura del espíritu, no el envés y el revés de un mismo paño, sino este paño mismo en todo el espesor de sus hilos» (1968: 115). La historia, en efecto, le parece a Braudel una dimensión de la ciencia social, formando cuerpo con ella; desde principios de este siglo, y especialmente en Francia gracias a los esfuerzos de Berr, Febvre y Bloch, «la historia se ha dedicado a captar tanto los hechos de repetición como los singulares, tanto las realidades conscientes como las inconscientes. A partir de entonces, el historiador ha querido ser —y se ha hecho— economista, sociólogo, antropólogo, demógrafo, psicólogo, lingüista [...]; la historia se ha apoderado, bien o mal pero de manera decidida, de todas las ciencias de lo humano; ha pretendido ser [...] una imposible ciencia global del hombre» (Braudel, 1968: 113-114).

Pues bien, no se trata, evidentemente, de asumir esta suerte de imperialismo que caracteriza la primera época de los *Annales* y reimplantarlo en la sociología, sino sólo de reconocer con Braudel que con frecuencia historia y sociología se identifican y se confunden, especialmente por el carácter global de ambas, y de manera particular en el plano de los fenómenos de larga duración y en el del análisis de la estructura global de la sociedad. Esto era bien comprendido y practicado por la mayoría de los «padres fundadores» de la sociología, en tanto que la parte más importante de la investigación llevada a cabo en los años de la que se llamó «sociología moderna» fue puramente de fenómenos episódicos o atemporalmente examinados. Me parece que es preciso reaccionar contra tal ahistoricismo, y no dudo en suscribir la opinión de Carr: «Cuanto más sociológica se haga la historia y cuanto más histórica se haga la sociolo-

gía, tanto mejor para ambas» (1978: 89). Dicho con las palabras de Hobsbawm, «la ciencia social moderna [...] descuida la experiencia humana, sobre todo la histórica [...]. Y tal análisis ahistórico, o incluso antihistórico, es con frecuencia inconsciente de ser ciego» (1997: 27), ciego para descubrir las pautas y los mecanismos del cambio.

Es evidente que cuando reclamo para la sociología la necesaria sensibilidad histórica, e incluso un método histórico, no estoy defendiendo la necesidad de que los sociólogos hagan predicción histórica, sino más bien *postdicción* histórica: esto es, que se esfuercen en ver la formación de los fenómenos sociales a lo largo del lapso de tiempo conveniente, y que perciban la duración de la realidad social, tanto en el período corto como largo, como el ámbito preciso para hablar de los cambios experimentados. Aunque, desde luego, nada se opone a la predicción, salvo que ésta se convierta en la proclamación profética de un sino histórico trascendente. Es claro que, tanto en el caso de la postdicción como en el de la predicción, el sociólogo que busca en la historia está buscando factores causales; no, desde luego, la causa que explique *maravillosamente* lo que se estudia, sino el conjunto de múltiples causas que siempre rodean confusamente el proceso de que se trate, por más que en el mejor de los casos pueda discernirse una cierta jerarquía causal. Y tampoco el sociólogo que recurre al método histórico ha de limitarse al establecimiento de puras secuencias temporales que pueden ser perfectamente irrelevantes en términos causales, sino que ha de explorar en lo posible la variedad de instancias que hayan podido influir, condicionar o determinar el fenómeno que se trae entre manos. Téngase en cuenta que cuando hablo aquí de indagación de causas estoy muy lejos de sugerir un planteamiento mecanicista de la causación que privilegie la exclusividad (una causa) y el automatismo (la necesidad del *sequitur*: por el contrario, creo que es mucho más realista y más científico, aunque mucho menos concluyente, postular que de ordinario lo que habrá será una multiplicidad de causas operando en un campo variable y complejo la producción más o menos probable de determinadas consecuencias; pero por impreciso que pueda parecer este planteamiento, siempre será más consistente que la consideración de los fenómenos como producidos de la nada en ese momento, o que la atribución dogmática de una causa porque alguien con autoridad lo haya dicho, o porque tal mecanismo causal figura en la panoplia de alguno de los grandes modelos abstractos al uso. Creo que debe darse como buena en sociología la recomendación de Polibio: «Donde sea posible encontrar la causa de lo que ocurre, no debe recurrirse a los dioses». Y seguramente tampoco donde no lo sea, que la ciencia no debe descar-

gar sus responsabilidades sobre quien no ha de protestar por ello. Por último, he de hacer notar que cuando indico que el recurso a la historia implica la búsqueda sin ambages de la explicación causal, no excluyo con ello en modo alguno la pretensión de *comprender* el fenómeno en sentido weberiano: como creo haber puesto de relieve en otro lugar (1979: 368-382), explicación causal y comprensión no se oponen, y no hay duda de que las conclusiones que Weber trata de establecer son causales. En todo caso, y para la justificación del recurso a la historia que aquí me interesa, tanto en lo que tiene de explicativo como de comprensivo, y tanto en el estudio del presente como en el intento de predicción del futuro, creo que Lledó ha expresado magistralmente lo que quiero decir: «Parece, pues, que el sentido de la historia humana no es la visión pasiva del hecho histórico, sino la actualización de ese hecho en el entramado total de sus conexiones, para atender a lo que el hombre ha expresado en él. Y esa atención es posible cuando se interpreta el transcurrir humano desde el pasado que lo proyecta, pero también desde el futuro que lo acoge y determina» (1978: 61-62). Texto al que mis únicas reservas, timoratas si se quiere, son la utilización del término «total» —por la irrealizable ambición que implica—, y la noción de que el futuro «determina» el transcurrir humano —por la áspera paradoja que contiene—. Y, por continuar con Lledó, de los aspectos que propone para la consideración del pasado, entiendo que el más propio al recurso del sociólogo es el que concibe el pasado como gestador del presente: «lo que somos es, sencillamente, lo que hemos sido»; de aquí que Bloch pudiera afirmar que la incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado (véase Lledó, 1978: 71-77). La sociología no puede versar sobre el presente sino buscando su génesis en el pasado: si ha de haber una sociología del presente ha de apoyarse en una historia del presente, esto es, en una historia.

El paciente lector habrá observado mi reiteración, hablando como estoy del método histórico en sociología, en referirme a ésta como sociología del presente. Ello tiene por objeto descartar en este contexto cualquier veleidad hacia la sociología de la historia, empeño respetable si los hay pero que no tiene nada que ver con la necesidad en que insisto aquí de que el sociólogo tome en cuenta la génesis de lo que estudia. La *Soziologie der Geschichte* es muy otra cosa, y es claro que al propugnar el método histórico en sociología no me refiero a hacer sociología del pasado, sino a hacer historia de la sociedad presente, y ello en la medida necesaria para poner de manifiesto su génesis: lo que propongo es percibir el objeto de conocimiento como elemento de un conjunto que está cambiando permanentemente, del que es inseparable y del que recibe su sen-

tido. Obviamente, articular el objeto en su contexto y señalar los cambios de ambos en la flecha del tiempo no es tarea fácil: pero siempre será más realista y más productiva científicamente que tratar de describir y explicar el objeto aislado e inmóvil.

### 3. El método comparativo

Tradicionalmente se ha venido diciendo que el método comparativo sustituye en las ciencias sociales al imposible o muy difícil método experimental, propio de muchas de las ciencias físico-naturales. En efecto, en el experimento controlado de laboratorio el químico puede añadir o eliminar una sustancia o cambiar algo, y observar el resultado que se produce; el sociólogo, en cambio, no puede añadir o suprimir nada en una sociedad para comprobar su efecto: el científico social sólo muy raramente puede manipular las variables de manera directa, en tanto que gracias al método comparativo puede «manipular» indirectamente las variables que le interesa controlar. Pues bien, esto es verdad sólo dentro de ciertos límites; por una parte, son muchas las ciencias físico-naturales que no tienen acceso a la experimentación controlada de laboratorio, como la astronomía; por otra parte, esa «manipulación» indirecta de las variables que se dice ofrece el método comparativo no es sino una metáfora, ni siquiera una analogía: el científico social que compara no manipula nada. Dejemos, pues, de lamentar que las ciencias sociales no puedan experimentar en un laboratorio, lamento que es simplemente resultado del sentimiento de inferioridad que aqueja a muchos científicos sociales respecto de los físico-naturales, nacido del equivocado planteamiento de que el modelo de la ciencia social es la ciencia de la naturaleza. Y, consecuentemente, examinemos el método comparativo en sí mismo, no como *ersatz* de una experimentación imposible.

El método comparativo es consecuencia de la conciencia de la diversidad: la variedad de formas y procesos, de estructuras y comportamientos sociales, tanto en el espacio como en el tiempo, lleva necesariamente a la curiosidad del estudioso el examen simultáneo de dos o más objetos que tienen a la vez algo en común y algo diferente; pero la satisfacción de tal curiosidad no va más allá de la taxonomía y la tipificación, y cuando se habla del método comparativo en las ciencias sociales parece que quiere irse más lejos de esas básicas operaciones de toda ciencia.

Naturalmente, carece de sentido comparar dos cosas cualesquiera: es habitual la prudente norma de recomendar un grado suficiente de analo-

gía estructural y de similar complejidad entre los fenómenos que hayan de confrontarse, así como la necesidad de no desgajar arbitrariamente de su contexto las instituciones, procesos u objetos culturales que se comparen; pero, como bien dice Duverger, «si se llevaran hasta el fin las exigencias de la analogía se haría imposible todo estudio comparativo» (1962: 418), pues terminarían comparándose sólo cosas idénticas. La comparación se interesa tanto por las diferencias como por las semejanzas (tanto más por las primeras cuanto la analogía sea mayor), y no siempre versa sobre objetos diferentes pertenecientes a épocas o ámbitos separados, sino que en ocasiones se comparan los resultados obtenidos del estudio de un mismo fenómeno desde perspectivas diferentes: pero, en contra del parecer de Duverger, dudo que deba emplearse el término «comparativo» para calificar este último tipo de trabajo.

Como señala Rokkan, el interés de los «padres fundadores» por el método comparativo se perdió entre sus seguidores, y sólo en los años cincuenta surge de nuevo, esta vez motivado por los esfuerzos en favor de la integración internacional, de la cooperación política y económica, y de los programas de ayuda a los países del tercer mundo: esas nuevas demandas de las relaciones internacionales incrementaron la necesidad de conocimientos acerca de las condiciones sociales, económicas, culturales y políticas de los más distintos países del mundo y, consecuentemente, estimularon la investigación comparativa sistemática (1966: 4).

La cuestión de qué pueda o deba compararse, en términos de si ha de ser la totalidad de los sistemas o algunas de sus partes, ha sido objeto de discusión, especialmente en el campo de la ciencia política. Riggs, por ejemplo, entiende que de no tomar en consideración el sistema político como un todo, debilitaríamos innecesariamente nuestra capacidad de ver la *Gestalt* de la política (1970: 76 y 78 ss.). LaPalombara, por el contrario, mantiene que debe seleccionarse un segmento del sistema y organizar a su alrededor las proposiciones teóricas que constituyan el foco para la indagación empírica (1970: 133), en una posición muy análoga a la del Merton de las teorías de alcance medio, a quien expresamente cita. Pero tal discusión, sea cual fuere su valor en el ámbito de la ciencia política, no es trasladable sin más a la sociología: piénsese lo que significaría estudiar el sistema social *como un todo*, y compararlo sin más con otro todo. Dejando aparte el problema, más filosófico que otra cosa, de si la sociedad como tal, globalmente considerada, es susceptible de ser objeto de conocimiento de la sociología (esto es, de si es posible una «sociología de la sociedad»), lo cierto es que la totalidad social sólo ha sido estudiada a través de esquemas y modelos reductores —cuando no reduccionistas—

que de hecho la segmentan en algunas líneas o características que se consideran más relevantes que, o determinantes de, las demás. Y todo esto, evidentemente, en el bien entendido de que el estudio en cuestión es empírico (aunque no necesariamente cuantitativista), esto es, que se remite a determinadas realidades a cuya comparación se apela. De hecho, la tradición sociológica se apoya sistemáticamente en exámenes de la realidad social a un nivel de análisis inferior al de la totalidad social, excesivamente compleja para dejarse prender en las mallas de la más ambiciosa investigación; lo que no excluye que el investigador respalde su trabajo con una teoría de la totalidad social. Pienso, pues, que las investigaciones de alcance medio, que prácticamente son las únicas posibles, necesitan teorías a su medida, también de alcance medio; pero que aquéllas y éstas requieren imperiosamente ser respaldadas por teorías de largo alcance, incluso por teorías generales de la totalidad social en la problemática medida en que sean posibles. Pero dejemos esto ahora, pues lo único que quiero destacar aquí es que en ciencia política podrá o no ser posible y conveniente el estudio y la comparación de sistemas políticos en su conjunto, considerados como un todo; pero en sociología tal empeño referido a totalidades sociales, en lugar de a rasgos o dimensiones determinados, no parece viable.

La necesidad de no ser excesivamente ambiciosos en el acotado de lo que se compara ha llevado a cierta desconfianza de las comparaciones interculturales, e incluso de las internacionales aun dentro de la misma área cultural, originándose así una corriente de interés en favor de las comparaciones internacionales de diferencias intranacionales. Como dicen Linz y De Miguel, la comparación puede versar sobre dos aspectos de un mismo país, sobre dos aspectos de dos países diferentes, o sobre el resultado de la comparación de dos aspectos de un país con el resultado de la comparación de dichos dos aspectos en otro país (1966: 270). Y todo ello porque, siendo las sociedades a comparar muy heterogéneas, cualquier «media» (estadística o no) enmascarará la situación real. La comparación internacional, y no digamos la intercultural, ha de tener siempre *in mente* la existencia de diferencias intranacionales más o menos grandes, tan grandes a veces que despojan de sentido a todo intento comparativo que no cuente con ellas, y cuya ignorancia conduce a extrapolaciones completamente gratuitas de, por ejemplo, el proceso de desarrollo económico experimentado por una sociedad a otra diferente. «La heterogeneidad interna, la diferenciación regional y los desequilibrios en el desarrollo constituyen algunas de las características esenciales de muchas sociedades, y son responsables de muchos de sus problemas» (Linz

y De Miguel, 1966: 272): no pueden, pues, ignorarse en el caso de pretender llevar a cabo comparaciones internacionales, e incluso deben constituir expresamente el objetivo de tales comparaciones.

No sé si, como alguien ha dicho, la sociología comparativa está de moda (Caïs, 1997: 7). Pero, desde luego, el incluir el método comparativo entre las principales «cinco vías» para el acceso a la realidad social no responde a moda alguna, sino a la convicción de que la ciencia social exige examinar y comparar muchas sociedades, nunca limitarse a contemplar la propia.

### 4. El método crítico-racional

Defendiendo posiciones de formalismo ético y de moral universalista frente al neoconservadurismo, Habermas cree exponerse «a la acusación de ser un crítico utópico, ansioso de poder, que trata de dictar e imponer a los infelices sujetos el conocimiento de lo que habrían de considerar sus “verdaderos” intereses» (1991: 91). No voy a recoger aquí la argumentación con que se exonera de tal imputación, sino sólo a destacar mi convicción de que la sociología puede y debe acceder de manera normativa a esa dimensión de la realidad social en la que se establecen y discuten los fines para la *vida buena*, y de que con ello carece de toda pretensión de decirle a la gente qué es lo que le conviene, limitándose a «señalar criterios de racionalidad conforme a los que enjuiciar el *ethos* de las formas de vida existentes» (Habermas, 1991: 82). Trato, pues, de propugnar aquí que las ciencias sociales, y en particular la sociología, tienen como parte de su objeto de conocimiento la consideración de los fines sociales, cuya discusión racional les es propia, negando así que éstos hayan de ser relegados a una discusión meramente ideológica. Pero vayamos por partes a tan difícil cuestión.

En 1937 señalaba Horkheimer en un famoso artículo que «las varias escuelas de sociología tienen idéntica concepción de la teoría, y ésta es la de las ciencias naturales [...]. En esta concepción de la teoría, la función social realmente cumplida por la ciencia no se hace manifiesta; no se explica lo que la teoría significa para la vida humana» (1976: 209 y 212). Tal planteamiento, rechazado por el autor, parte de que los científicos se dedican a actividades meramente clasificatorias y consideran la realidad social como extrínseca, enfrentándola como científicos y no como ciudadanos; consecuentemente, la realidad se concibe como consistente en datos que han de ser manejados, sin mayor implicación de la actividad